

OTRA VEZ EL GAMBUSINO SOMBRERETEÑO.

De buena gana escribiría yo semanariamente un artículo como el anterior, porque tengo la íntima convicción de que de este modo quedarían más contentos los lectores de estas narraciones; pero la cosa es más difícil de lo que á primera vista parece; pues para referir una historia, sea cual fuere el motivo, debe emplearse antes algún tiempo en confrontar citas ó referencias, á fin de que el relato sea lo menos enfadoso posible; y si á lo dicho se agrega que la historia ha de tener determinadas dimensiones, crece la dificultad, en términos de que se hace casi imposible el desempeño de tan ardua tarea. Por esto es que suelo holgar de cuando en cuando, dándome el gusto de escribir relatos ligeros y sencillos, de sucesos recientes, para descanso y solaz del espíritu.

Aquel Gambusino sombrereteño de marras, despabilado y jacarero, que tanto me divierte con sus festivas ocurrencias, por la claridad y llaneza que usa en sus charlas conmigo, se presentó en mi despacho ayer, todo vestido de nuevo, con más galones en el sombrero jarano y con los zapatos charolados; y, después de saludarme atentamente, comenzamos á conversar de este modo:

—¿Por qué has dado tan pronto la vuelta de Pachuca?

—Porque me esta matando la nostalgia; pero como *cosa mala, nunca muere*, aquí me tiene usted bueno y sano y ganoso de servirle.

—Muchas gracias. Por lo que veo tu quieres mucho á la

familia, supuesto que con seis semanas de ausencia te enfermas de nostalgia.

—Pues sí, señor, ¿conoce usted á Petra, mi mujer?

Me dió pena decir que no la conocía, y creyendo que debía estar frescachona, una vez que tanto la quería, dije:

—Creo que sí: es gorda, colorada, con el pelo algo bermejo.....

Soltó el gambusino una careajada, tan franca y sonora, que me dejó aturdido, y dijo riendo todavía.

—¡Quia! si es flaca y enjuta como un escuerzo, está pálida y demacrada como un difunto á causa de sus enfermedades, y tiene el pelo blanco como la nieve, hace algunos años.

—Pues yo creía haberte visto en Sombrerete, en compañía de la mujer que he dicho.

—Esa, es otra; pero ¿cómo se fija usted en lo que hacen los pobres! y eso que debe saber que hay cosas que no son para vistas.

—Bueno, hombre, has de cuenta que no he visto nada. ¿Cómo te fué en Pachuca? ¿Hiciste algún negocio?

—Claro está: ya sabe usted que no fuí á cambiar temperamento. Gané algún dinero en un buen destajo; pero como me enfermé, tuve que ocurrir á otros arbitrios para ganar esta pequeña suma.

Sacó el Gambusino del bolsillo interior de la chaqueta un paquete de billetes de banco, por valor de tres mil pesos.

—¡Caramba cuanto dinero!; pero ¿cómo has ganado esa enorme cantidad?

—Bien sabe usted que *d quien Dios quiere, la casa le sube*; yo he tenido buena suerte en Pachuca y eso es todo.

—¿Has apañado algunas tortugas de gallos en las minas?

—Ese es ardid de novatos, y no sirve para personas formales, porque produce poco y es ocasionado á peligros.

—¿Pues qué has hecho entonces?

—Pero, señor, ¿qué curioso es usted! Siempre quiere saber de *pe á pa* todo lo que le ocurre á uno.

—Naturalmente, deseo saber con quien hablo, por aquello de *dime con quién andas, te diré quien eres*.

—¿Conoce usted el juego del godín?

—¡Qué he de conocer! Mi ignorancia es grande en esa materia.

—Pues es un juego de baraja.....

—Me lo sospechaba.

—Que se juega con todas las cartas, unas veces con más y otras con menos, según las circunstancias. Es semejante á los albures, sólo que no está sujeto á reglas.

—¿Sabes que es muy raro ese juego? ¿Cómo se puede saber quién gana?

De un modo muy sencillo: lo dice el que maneja la baraja.

—Ahora lo entiendo menos.

—Ponga usted mucho cuidado, voy á explicárselo. Se comienza por hacer creer á los concurrentes que es uno tonto, para infundirles confianza. ¿No le parece á usted que yo tengo cara de tonto?

—No, al contrario; se te conoce la viveza en lo blanco de los ojos.

—Pues en Pachuca y otras partes me han tenido por tonto.

—Eso prueba que tienes la viveza necesaria para hacer creer á otros lo que te conviene.

—Bueno: cuando creen que es uno tonto comienza el juego: se les dice á los puntos que ganaron las primeras puestas; y como ganan, no preguntan por qué. Después cuando las puestas son fuertes, les dice uno que perdieron y se recoge todo el dinero. Si preguntan por qué pierden, se les contesta: ¿cómo no preguntaron cuando ganaban? De este modo se va llevando la partida hasta que se deja *in albis* á los puntos.

—¿Así se juega en Pachuca?

—Sí, señor: *en todas partes cuecen habas, y en mi tierra, á calderadas*.

—¿De ese modo has ganado todo ese dinero?

—De este y de otros modos semejantes: no siempre ha de estar uno á las duras, alguna vez debe tomar las maduras.

—¿Cáspita! Ya estoy viendo que eres un estuche: te agradan mucho las mujeres bonitas, sabes jugar al godín y te gustan los licores. ¿Sabes que no tienes por donde te deseché el diablo?

—¡Muchas gracias por el cumplido! Pero bueno es que sepa usted que yo, con todas mis máculas, soy un niño de teta junto á muchos caballeros de esta capital, que usan casaca y guante blanco y tienen trenes regios. A estos caballeros todo el mundo les hace la garatusa: las más hermosas mujeres del gran mundo les hechizan con sus encantos, con la esperanza lisonjera de establecerse lujosamente y con cierta independencia; los jugadores de mediana fortuna les persiguen con su dinero, por tener la honra de jugar con ricos, aunque éstos les ganen las onzas por centenares; pues ya se sabe que *el que nació para guaje, hasta jícara no pára*; y en las cantinas les adulan y les halagan grandemente, por el interés de que les lleven muchos parroquianos. Ya verá usted que no hablo no más por hablar, sino que se lo digo deletreado y lo repito: hay muchos caballeros peores que yo.

—Pero entonces ¿para qué sirve la policía?

—Para meternos en cintura á nosotros los pobres, porque no se ha establecido para los ricos, ni para los lechuguinos.

—¿Que buenas ganas tendrás tú de jugar con los ricos! ¿Quiéres que te haga presentar á ellos?

—No, señor, muchas gracias. Estoy escamado: ya he pagado muy caro el honor que he tenido de jugar con ricos; muchos años estuve á dieta con mi familia, en mis mocedades, por andar jugando con los poderosos, y eso que ellos me enseñaron el godín.

—¿Cómo te fué con la policía en Pachuca?

—No me fué mal: desde que llegué al Real tuve la chiripa de ser presentado á un jefecillo de la reservada y como andaba con él de bracero me dejaron los cuicos en paz y á

pierna suelta.—Y ya que hablamos de la policía, diré á usted, con la claridad y franqueza de mi genio, que siento mucho que tenga esa manía de escribir en los periódicos; porque puede traerme malas consecuencias: si ahora le da á usted por escribir la conversación que hemos tenido, fjúrese cómo me irá con la policía y hasta con mis compinches, los que juegan conmigo.

—No tengas cuidado; cuando escribo en los periódicos no digo los nombres propios.

—Pero como *por el hilo, se saca el ovillo*, es fácil que den conmigo los ofendidos y entonces será élla. Si no supieron quién era yo en Pachuca fué porque puse cara de pascua y no quise hablar inglés.

—Cuánto siento que hayas perdido tan brillante oportunidad para adelantar en el idioma hablando con las inglesas, á las que tanto has criticado la vez pasada por su manera de vertir.

—Pues más tendría que decir si quisiera hablar del modo como tienen su hogar, si es que puede llamarse así una casa donde apenas se conoce el fuego. Allí se come el pan y la carne fríos, lo mismo que la manteca y la miel: lo único que se toma caliente es el té, hecho en lamparita de alcohol. Fijúrese usted como estaría yo un día que comí en casa de un inglés, amigo mío, echando de menos naturalmente las tortillas blancas, suaves y calientes de mi casa y todos los demás potajes succulentos y apetitosos que usted conoce y que forman la delicia de nuestros comensales.

—¿Piensas estar mucho tiempo en esta capital?

—No, señor, pronto levantaré mi tapara.

—Te lo preguntaba porque creo que si estás aquí algunos días podría suceder que te fueras sin recursos; pues ya sabes que *los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van*.

—De eso, pierda usted cuidado: ya hace muchos años que tengo colmillos.

—¿Y no tienes más familia que tu mujer?

—Sí, señor, tengo una hija, buena y dulce como un terrón de azúcar de flor; fresca y linda como un botón de rosa; y tierna y cariñosa con sus padres como ninguna. Por ella luché desesperadamente contra la pobreza; trabajo como un negro, sin darme tregua ni descanso; y aguzo el ingenio hasta donde me es posible para ensanchar mis recursos pecuniarios, á fin de que aquel ángel de ventura no carezca de comodidades: quisiera levantar en mi pobre casa, porque tengo una casita propia, un trono de oro macizo para colocar sobre él, con toda la efusión de mi alma, la cándida paloma que es mi única é inefable dicha.

Adios, señor, marchó hoy para Sombrerete, porque me parece que si no me voy pronto me ahoga el dolor de la ausencia, me mata la nostalgia.

Esta vez me dejó el gambusino profundamente conmovido con la vehemencia de sus tiernos afectos paternos. ¡Con cuánta buena voluntad aplicaría yo á este caso, si pudiera hacerlo con plena conciencia, esta célebre máxima jesuítica: *el fin justifica los medios!*

UN CORREDOR DE MINAS.

Cansado de buscar y rebuscar materiales en las antiguas historias de México para escribir sobre descubrimientos de minas, me propuse tomar una tarde de asueto y me eché á paseo por esas calles de Dios buscando el esparcimiento del ánimo. Quiso mi buena ventura que me encontrase de manos á boca con un corredor de minas, hombre de buen humor, listo como pocos y que conoce al dedillo los asuntos de su profesión. Me saludó atenta y cariñosamente, porque fué empleado mío hace algunos años, y me invitó para que pasara á su despacho, que estaba por ahí cerca, para hablarme de un buen negocio. Cuando llegamos á su cuarto sacó de una cartera un pliego y me lo presentó, diciéndome con cierta complacencia.

—Lea Ud., señor, este informe y verá cómo es una ganga el negocio que le propongo.

—Leí el documento en voz alta; contenía un hinchado y pomposo informe de las minas de * * * que según se dice están abiertas sobre una veta formal de catorce metros de espesor, cuyo mineral contiene de sesenta hasta quinientas onzas de plata por tonelada, con buena ley de oro. Se asegura que se registraron minuciosamente las labores y se midió en ellas un banco de ciento cincuenta metros de extensión, con mineral como las muestras ensayadas. Añádese que ya está or-

ganizada la compañía; en su Junta Directiva, cuyo personal consta en el documento, figuran dos mineros prominentes de esta Capital, que han sido muy afortunados en las minas y ahora son ricos. La Empresa está dividida en veinticuatro barras y cada barra en mil bonos, siendo unos preferentes y otros comunes, etc. etc.

Cuando yo leía este ampuloso informe me parecía que me hallaba en un país extraño, desconocido, en un nuevo Eldorado como el que decía haber visto el español Martínez en su viaje pintoresco y fantástico por la América Meridional.

Tan embelesado estaba yo con este prospecto halagador que apenas pude oír la voz de mi acompañante que me decía:

—¿Verdad que es una ganga este negocio? Con él puede uno hacerse rico en poco tiempo; tenía particular empeño en proponerlo á Ud. para que disfrute de sus grandes ventajas.

—Te lo agradezco mucho; pero creo que siempre se debe desconfiar de las fáciles y grandes ganancias en los negocios, por eso no me inclino á tomar parte en el que me propones.

—¿Le agrada á Ud. el prospecto?

—Tiene todo el estilo americano puro; me gustan más los que se escriben sencillamente en español.

—¿Lo dice Ud. por el carácter científico de ese documento? Está extendido por un Ingeniero experto, número uno.

—Puede que sea como *el maestro ciruela, que no sabe leer y pone escuela.*

—¿Pero qué no se ha fijado Ud. en las medidas que hizo el perito para calcular la cantidad de mineral que contienen las minas?

—Creo que ese cálculo está hecho á ojo de buen cubero, porque en minas abandonadas y generalmente llenas de escombros, no se puede practicar medidas exactas.

—Pero los expertos americanos N^o 1, letra A, poseen muchos recursos para hacer estos cálculos, por medio de tablas y fórmulas especiales.

—No más falta que me digas que tienen ojos lince para ver á través de los cerros como si fueran de cristal.

—¿Y que dice Ud. de la robustez de la veta?

—Que no debe ser tan rica como reza el prospecto, porque, por regla general, en las vetas demasiado robustas está muy diseminado el metal.

—¿Quiere Ud. ver las muestras?; aquí tengo algunas á las cuales se les ve la plata.

—No te molestes; aunque las viese nada adelantaríamos, porque es bien sabido que *no hay mala mina, que no tenga una piedra buena.*

—Eso será verdad tratándose de gallos; pero aquí hay muchas muestras buenas.

—Aunque así sea, ya sabes que la ley de los minerales depende siempre de la manera de tomar los ensayos.

—En suma, ¿le gusta á Ud. el prospecto?

—¿Pues no te estoy diciendo que no me agrada porque ofrece mucho?

—Bueno, señor, pero ¿qué dice Ud. de la Junta Directiva?

—Que está compuesta de buenas personas y hasta honorables; pero ellas no pueden hacer que sea buena una mina mala.

—¿No me ha dicho Ud. algunas veces que *no hay malas minas, como haya buenas cabezas?*

—Es verdad: sólo que las buenas cabezas deben ejercitarse desde que se hace la elección del criadero, porque *una buena cabeza, no se fija en una mala mina.*

—Buena debe ser la que le propongo, supuesto que la van á dirigir personas capaces.

—Es seguro que ellas no han escogido esa mina y que les han dado gratuitamente parte en el negocio los interesados, dejándoles su dirección; así es que poco les importa que *salga pez ó salga rana.*

—¿Y qué le parece á Ud. de la división de acciones?; esto sí que es muy ventajoso.

—Para los fundadores sí que es una ganga; pero para los paganos es otra cosa.

—Pues si viera Ud. que ya he colocado muchos bonos á ocho pesos cada uno.

—Lo creo, aunque no lo vea, porque sé muy bien que *sólo hay tiburones, donde abundan los peces*; ¿y para quién es ese dinero que vas recogiendo de las ventas?

—¿Para quién había de ser sino para los socios fundadores?

—Entonces, ¿con qué dinero se trabaja la mina?

—Con el que produzcan las exhibiciones que decretará después la Junta Directiva.

—¿Qué curioso es esto! ¿Luego lo que ahora compran los accionistas es el derecho de exhibir?

—¿Caramba, cómo apura Ud. el entendimiento!

—Es que me gusta ver claro en todos los negocios; y en este que me propones voy sacando en limpio que los *prospectadores* pueden decir con el antiguo refrán: *tres cosas demandando si Dios me las diese: la tela, el telar y la que la teje.*

—Pero, señor. ¿Cómo quiere Ud. que se reembolsen de los gastos que han erogado?

—¿Cáspita!, pues no son ambiciosos que digamos los empresarios! ¿Quiere decir que por unos cuantos centenares de pesos que darían al perito, experto N^o 1, se apropian la mitad de la mina ó sea las acciones fundadoras ó aviadas, y el valor de las comunes ó aviadoras que van vendiendo? ¿Y dices que así hay accionistas?

—Sí, señor, ya he vendido más de doscientos bonos.

—Seguramente no saben los compradores lo que se pescan.

—Dígame Ud., por fin, si quiere tomar algunas acciones en esta empresa.

—Creo haberte dicho ya muy claro que no me gusta el negocio. Yo tomaría parte de la mejor voluntad en una compañía organizada al estilo antiguo, como algunas de Zacate-

cas, Guanajuato y Pachuca que tú conoces muy bien, y cuya formación se hace poco más ó menos del modo siguiente:

Se reúne un grupo de amigos ó conocidos, más ó menos numeroso; se toma posesión de la mina ó minas que se va á explotar; se distribuye entre todos los socios las acciones; se nombra la Junta Directiva, que comunmente se compone del Síndico, del Tesorero y el Secretario, los cuales no disfrutan emolumentos; y se hacen las exhibiciones por todos los accionistas, conforme á los acuerdos de la Junta General, según las necesidades de la negociación. Si se trata de una empresa ya establecida y que se halla en actividad, la Compañía que se forma se llama aviadora y deja una parte aviada, dos, cuatro ú ocho barras, á los dueños, en proporción al valor de las existencias que reciben los aviadores. Este es el sistema nacional que ha dado siempre buenos resultados.

—Ese sistema es muy antiguo y era preciso reemplazarle con otro más en armonía con los adelantos de la civilización actual; este es el resultado necesario de la evolución en los negocios. Si antes servían de balde los miembros de la Junta Directiva era porque no llevaban á la Compañía más contingente que su dinero, su buena voluntad y mejor buena fe; pero ahora es otra cosa: los Directores son generalmente ricos, de gran reputación en los negocios, con mucho crédito y extensas relaciones; de manera que, aunque no pongan ni un centavo en la negociación, bien merecen las acciones preferentes que disfrutan y los grandes emolumentos que se aplican. Es verdad que muchas veces no se ocupan para nada del negocio, porque tienen muchos propios; pero su nombre tiene un valor inmenso y él solo da prestigio á la empresa.

—Pero no la salva de un fracaso; por eso hemos visto fracasar algunas docenas de negocios mineros organizados á la nueva usanza, y si Dios no lo remedia, veremos mayores desastres en la minería si llega á generalizarse ese sistema de bombo, que tanto te agrada, seguramente porque te ha hecho la olla gorda.

—Señor, ¡qué cruel ha estado vd. ahora con las compañías modernas!; pero, quiera vd. ó no quiera, ellas se van ya aclimatando en el país y seguirán extendiéndose por toda la República, hasta que logren derrocar al vetusto sistema tan enalzado por vd.

—No digas desatinos: espero que no sucederá así entre los mineros, porque *á uso de iglesia catedral, cuales fueron los padres, los hijos serán.* Me extraña que te hayas encariñado tanto con esas operaciones más bien bursátiles que mineras.

—Ya sabe vd. que *el uso hace maestro*: á mí me va bien con este sistema, en el cual se pagan con largueza los corretajes; de manera que no pienso renunciar á él mientras haya compradores de acciones.

Haces muy bien, supuesto que ese es hoy tu negocio.

Me despedí de este inteligente corredor, diciendo para mis adentros: con razón se ha dicho que *no hay tonto para su provecho*, ¡y yo que estaba creyendo que este lo era!